

# LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 75.—15 de Abril de 1873.

---

*Dios es caridad. (San Juan  
Epíst. I, 4, 8.)*

## EN NOMBRE DE LOS POBRES, Á.....

---

*Doña E. G. D.* Recibidos los 60 reales. Los 20 están en poder de María para el ciego su patrocinado; los 40 restantes se han dado á dos enfermos pobres, y las tres limosnas con la piadosa condicion que V. indica. Que Dios le dé á V. el consuelo que al parecer merecen los que honran la memoria de los muertos con buenas obras.

## LA CIENCIA DE SER FELIZ.

---

ARTÍCULO 6.º (\*)

*La reflexion.*

---

No se alarmen nuestros lectores por el epígrafe de este 6.º consejo de felicidad. No crean que la reflexion que vamos á recomendarles es la abstraccion de todo comercio mundano, cual severos cenobitas ó misántropos desapacibles.

Hemos dicho ya en los artículos anteriores que escribimos para la generalidad de las gentes, y sobre todo para las gentes desdichadas, y especialmente para los desdichados pobres. Como no nos hacemos la ilusion de hallar entre esa generalidad personas muy reflexivas, por eso queremos hacerles ante todo la salvedad de que no vamos á estremar argumentos, sino á hablar el lenguaje sencillo de consejo amistoso y fraternal.

---

(\*) Véanse los números 69, 70, 71, 72 y 73 de esta Revista.

Obsérvase en el hombre una tendencia á la irreflexion, que le viene acompañando desde la niñez y modificándose con los años, pero sin desaparecer. A esto se le da varios nombres, y entre otros distraccion, y la palabra está bien aplicada. Falta examinar si es distraccion de lo malo para lo bueno ó todo lo contrario.

Niños, nos distraemos con los juegos; jóvenes, con la esplosion de las primeras pasiones y con las mil fruslerías del mundo; en la edad viril nos distrae la ambicion, la política y otras aficiones de la sociedad en que vivimos; en la vejez queremos ya reflexionar, pero ó no podemos verificarlo provechosamente por falta de costumbre, ó nos retrae para hacerlo lo que tienen siempre de penoso las reflexiones en el último tércio de nuestra existencia, cuando las aplicamos á unos dias, cuyo término vemos acercarse rápidamente, y á males que pudimos remediar y no tienen ya remedio.

Resulta, pues, que el hombre ó la mayoría de los hombres, vive en una distraccion continua, en un verdadero aturdimiento. Ahora bien: ¿sirve esto para la felicidad? De ningun modo. ¿Contribuye á hacernos mas sensibles las desgracias? Indudablemente.

La base de la felicidad está en nosotros mismos, en lo que sentimos, en lo que pensamos y en las impresiones que recibe nuestra alma. Todo esto requiere, pues, reflexion y no aturdimiento si ha de ser fecundo para el bien. No habituándonos al ejercicio de la reflexion, sucede que, cuando viene una desgracia, nos sorprende sin preparacion para recibirla y sin fuerzas para soportarla, porque interrumpe una existencia de continuas distracciones, las mas veces frívolas, estéril para darnos consuelos que requieran alguna meditacion.

Por el contrario, si nos acostubrámamos á reflexionar, no con la tétrica profundidad de una filosofía misántropa, sino con la naturalidad de una alma que busca sencillamente la verdad y la conveniencia moral, no solo tendríamos mas goces en la materialidad de la vida positiva, sino que nuestra alma se elevaría á un orden de ideas que nos daría fuerzas contra la desgracia.

Verdad es que el refinamiento de la civilizacion moderna ha llegado á un punto el mas á propósito para cierta especie de enloquecimiento que nos arrastra á los aturdimientos del negocio ó del placer de la vida exterior, sin dejarnos apenas tiempo para las exigencias de la vida interior, que es la principal. Hombres hay, y no pocos, que se levantan por la mañana, trabajan, comen, duermen, se ocupan en cosas que creen grandes, siendo en realidad pequeñas como lo son todas las materiales en comparacion con las del espíritu, y así pasan los dias, los meses y los años, sin aplicar la reflexion á

nada de tanto sublime, grandioso y consolador, como se ofrece á la contemplacion de quien quiera fijarla en algo digno de esta alma que Dios hizo á su imagen y semejanza.

Recientemente y venido del extranjero se ha publicado aquí un librito interesante y original de carácter religioso, titulado *El cuarto de hora de soledad*, que responde en el orden místico á este mismo vacío de reflexion que lamentamos. El autor aconseja, para el perfeccionamiento moral del individuo, que de los 96 cuartos de hora que tenemos cada dia á nuestra disposicion, dediquemos uno, tan solo uno, para reconcentrar nuestro espíritu y hacer vida de soledad en medio del mundo.

Pues bien; lo que ese curioso folleto recomienda bajo el punto de vista meramente religioso, quisiéramos generalizarlo á otro género de reflexiones, sin prescindir ni tener en menos las religiosas, que son siempre las principales. ¿Es mucho exigir 15 minutos al dia para pensar seriamente?

Un cuarto de hora en que miramos el cielo, que tanto dice á quien lo contemple, ya en los esplendores del dia, ya en la melancólica magnificencia de la noche; en que nos elevemos sobre el bullicio del mundo; en que nos hagamos superiores á sus miserias y á sus injusticias; en que miremos con interés el sol, que es un prodigio, y el insecto que es otro prodigio; y en que, poseidos de nuestra procedencia y de nuestro destino, echemos una mirada de amor, de indulgencia y de bondad sobre nuestros semejantes; un cuarto de hora así, y no una vez sola como todos habremos tenido en el fondo de un coche del ferro-carril ó en medio de la silenciosa tranquilidad de una noche de insomnio, sino hoy y mañana y todos los dias, ¡cuán útil debia sernos bajo todos conceptos y sobre todo para la felicidad ó infelicidad de la vida!

Habitados así al análisis moral de los sucesos que presenciamos ó en que intervenimos, cuando se tratara de sucesos infortunados, pesarian estos sobre nosotros de una manera mucho mas llevadera. No hay desgracia que no se atenúe con el trabajo moral de la reflexion: el que la sufre es un verdadero sediento de consuelos, y la reflexion bien dirigida es la que puede servir de agua benéfica para aplacar la sed del dolor.

Pero además de este interés de egoismo por el consuelo, hay para inclinarnos á la reflexion otro estímulo de muy distinto género y que dimana de la naturaleza misma de nuestra alma. No nos la ha dado Dios, tan rica de potencias, de ideas y de nobles aspiraciones, para que viva siempre apegada á las vanas distracciones y pasatiempos del mundo. Demos enhorabuena á la edad lo que en ella parece

ser inevitable; concedamos á la niñez sus entretenimientos infantiles y á la primera juventud la embriaguez de las primeras impresiones y de las pasiones primeras, pero que esto no impida el que elevemos el nivel de nuestras ideas y nos emancipemos algo de las miserias de la materia para pensar un poco en las grandezas del espíritu.

Haciéndolo así, daremos un gran paso en ese progreso moral á que todos debemos aspirar; seremos mas dignos del fin para que fuimos criados; y puesto que vivimos en una tierra de miserias, aprenderemos á ser fuertes para saber resistir las que Dios señala al destino de cada criatura.

*Antonio Guerola.*

## LA CARIDAD EN LA GUERRA.

---

Nuevamente se estiende y se arraiga la guerra civil en las Provincias Vascongadas. El Comité navarro de la Asociacion de socorro á heridos sale al encuentro de este triste objeto, que se presenta otra vez, para llenar en él su generosa mision; pero si bien se presenta el Comité rico de caridad y de abnegacion, se halla pobre de recursos y los pide por medio de la sentida alocucion que se ha publicado en Pamplona y que insertamos á continuacion.

La VOZ DE LA CARIDAD ha remitido recientemente mil reales para contribuir á esa humanitaria empresa, y de esperar es que la voz que invoca la paz y pide para los heridos no quede desatendida, cuando tanto eco hallan otras voces que gritan guerra y producen sangre y esterminio.

Triste pension ha cabido al Comité navarro por tener en su territorio un casi continuo campo de batalla. Afortunadamente los beneméritos individuos de esa Seccion, y sobre todo su dignísimo Presidente el Dr. Landa, se manifiestan á la altura de tan críticas circunstancias, y su celo crece á medida que se aumentan la necesidad del socorro y la escasez de fondos para proporcionarlo. ¡Dios bendecirá y protegerá tan santa obra! Así lo esperamos.

*Antonio Guerola.*

*Asociacion universal de la Cruz Roja.—Socorro á los heridos.*

---

HERMANOS: Ya que por desdicha nuestra arde en Navarra el fuego de la guerra, arda tambien y mas brillante el fuego de la *Caridad cristiana*.

Por eso á la voz de *alarma* contestamos con el grito de *socorro*, *socorro á los heridos*.

Ya sabeis quiénes somos: todos los dias nos veis trabajar. Ya sabeis que formamos una de las falanjes de la Cruz Roja, de esa federacion de Comités de Socorro que se estiende por todos los ámbitos del universo, desde los Alpes á los Pirineos, del Cáucaso al Atlas.

Bien conocido os es nuestro signo, la bandera blanca, símbolo de *paz*, con la Cruz Roja, emblema de redencion y de sacrificio. Bien sabida es nuestra divisa, *todo herido es hermano*, sea cual fuere su procedencia; que para nosotros la sangre borra é iguala el vario color de las escarapelas de nacion y de partido.

Preguntadlo si no, á los que antes fueron heridos en Oroquieta y en Urbasa, á los que ahora lo han sido en Echagüe y Echauri, en Salinas y Valtierra, en Monreal y Aranaz.

*Un millar* de navarros se ha afiliado ya bajo esta neutral bandera: 150 Comités de distrito realizan nuestra obra: los inocentes niños hacen hilas, las mujeres sirven de enfermeras, los hombres de camilleros, todos ceden su propio lecho á los heridos, y no hay valle en Navarra donde no tremole esa bandera de paz y de consuelo ante la cual han presentado sus armas todos los ejércitos civilizados de uno y otro continente, en Guetisburgo y en Duppel, en Sadowa y en Sedan.

Hasta ahora hemos hecho frente á tantas necesidades con los donativos que vuestra caridad nos confi6 en la pasada primavera. Hoy están agotados, y aunque nuestros hermanos de la noble Francia nos ofrecen sus personas y cuantiosos intereses, aunque el Comité de Ginebra pone á nuestra disposicion los recursos de toda la Europa civilizada, aún debemos bastarnos, y por eso volvemos á pedirnos que lleneis otra vez nuestra arca y nuestro parque.

Ayudadnos ahora como nos ayudásteis antes, y que Dios os premie el bien que haceis á vuestros hermanos, víctimas infelices de esta guerra.

*El Comité de Navarra.*

Los donativos en metálico se reciben en Pamplona en el despacho del Tesorero D. Pedro Ribed, y en los cepillos colocados en la misma casa, en la farmacia del Sr. Borra, en el café Español y en la casa del Sr. Moso.

Los donativos de hilas, vendajes, camisas, sábanas, mantas medicamentos y comestibles, en el parque del Comité, sito en casa del Sr. D. Juan de Moso (calle de la Ciudadela.)

## LA EXPOSICION DE VIENA.

---

La capital del imperio austriaco va á abrir en 1.º de mayo próximo un magnífico certamen de todos los adelantos intelectuales é industriales, que supere en grandeza á las Exposiciones anteriores de Lóndres en 1851, de París en 1855, de Lóndres en 1862 y de París en 1867.

Se anuncian y se esperan prodigios de las maravillas que han de verse en los grandiosos edificios construidos sobre las márgenes del Danubio. El *Prater* austriaco va á ser un inmenso y espléndido bazar, adonde acudan de todo el mundo los que quieran dar á conocer los progresos y mejoras obtenidas por el estudio y por el trabajo.

Ahora bien; puesto que allí habrá de todo y se presentarán muestras de todos los adelantos útiles, indudablemente habrá algo tambien digno de observarse, que pueda ser provechoso para los pobres y para los encarcelados; y he aquí cómo LA VOZ DE LA CARIDAD, que no se ocupa de industria ni de inventos científicos, se interesa por la Exposicion de Viena y vuelve á ella sus ojos en demanda de cuanto se presente, que pueda ser beneficioso para esas dos clases de seres desventurados, cuyos intereses está defendiendo.

Allí es de creer que haya modelos, proyectos, cálculos y libros sobre la gran cuestion del sistema penitenciario; allí tambien probablemente ocupará dignamente su puesto cuanto se refiera al mejoramiento material y moral de los obreros y de los pobres; posible es que se presenten muestras de casas económicas é higiénicas, de telas y ropas baratas, de abrigo sencillos, de aparatos de calefaccion al alcance de las mas modestas fortunas, y de toda clase de economías para constituir una grande aunque sencilla economía doméstica. Allí, en fin, tal vez se ofrezcan métodos de instruccion popular, de higiene pública y privada, resultados de las asociaciones cooperativas de produccion, de crédito y de consumo, y todo en fin lo que las clases pobres necesitan dentro de los límites razonables y justos y no pueden obtener por los esfuerzos aislados del individuo.

Para esperarlo así, nos fundamos en que hoy la cuestion de los pobres ya no es solo un deber moral y religioso y una cuestion de sentimiento; es además una necesidad social, porque la sociedad está altamente interesada en que su poblacion pobre sea la menor posible, y tenga el bienestar y la moralizacion necesaria para resistir

á las seducciones con que se la halaga y á las predicaciones con que se la pervierte.

Parécenos, pues, que el Gobierno y las ilustradas corporaciones que desde aquí siguen ó van á seguir con interés lo que pasa en las márgenes del Danubio, debian fijar su atencion en este punto, y encargar á los representantes suyos que van á la Exposicion el estudio especial de cuanto se relacione con el mismo, para importar aquí todo adelanto que pudiera conducir á hacer mas provechoso el ejercicio de la caridad para con los pobres, y la vigilancia de la administracion sobre los presos y penados.

¿Será acaso mas útil enviar un ingeniero para que vea una máquina nueva de locomocion, ó un industrial para que examine un nuevo telar, que un hombre de buen deseo para que estudie los elementos y adelantos utilizables para la caridad? No lo creemos.

Personas entendidas, dignísimas y competentes para todo lo que requiera concienzudo estudio, van á la Exposicion de Viena: que hagan pues el generoso servicio de aplicar esa observacion á este ramo, y el Gobierno, el pais en general, y especialmente la poblacion pobre, tendrán mucho que agradecerles.

*Antonio Guerola.*

## LA ENSEÑANZA OBLIGATORIA.

---

Obra de misericordia es dar de comer al hambriento y obra de misericordia enseñar al que no sabe; y si bien la primera es á veces mas precisa, la segunda es siempre mas trascendental, mucho mas en tiempos como estos. Antes de decirle al pueblo: «eres libre,» habia que haberle enseñado á serlo. Hoy se encuentra como un hombre que, contenido fuertemente, se le soltara de pronto con los ojos vendados y una tea encendida en una mano y en la otra una espada desenvainada, pudiendo estrellarse en su carrera imprudente ó herir en su ceguedad á los que inofensivos se interpusieran á su paso. Interés es de cualquier persona honrada evitar con tiempo estos resultados siniestros.

A los padres obliga el educar á sus hijos; pero cuando aquellos, por un alarde de ignorancia brutal, ó por no tener bastante influencia sobre estos, descuidan este deber imprescindible, la autoridad superior, sea rey ó república, que se obliga á velar por la tranquilidad y los intereses de todos, debe llenar esta santa mision que los padres no han querido ó podido cumplir. No hay derecho adquiri-

do que no imponga un deber, se ha dicho muchas veces, y esta ley es eterna porque proviene de Dios.

Y ya que de derechos se trata, derecho tienen los hijos á ser educados. La falta de razon primero y despues el vicio de la vagancia les impide aprovecharse de él, pero no se ve una persona honrada que no se complazca de que le hayan instruido, aun cuando esa instruccion hubiera sido en un principio contraria á su voluntad.

En vano se han dictado leyes contra la prostitucion, la vagancia y la mendicidad: solo una educacion sólida, que enseña á conocer el bien é inspira á las personas el aprecio de sí mismas, puede evitar estos males, de otro modo irremediabiles.

Muchas veces se ha comparado al niño con el tierno árbol que sigue la direccion que se le imprime y se reviste de bellezas que se creian ajenas á su naturaleza, ostentando frutos de distintas especies: esta imagen es bella y verdadera como todas las que tomamos de la naturaleza, nuestra primera, nuestra mejor maestra.

La educacion es como una hada, que con su varita mágica ofrece á los ojos admirados del mas humilde mortal tesoros y palacios encantados, y con su voz armoniosa y llena de promesas le dice: «ámame; si me prefieres á todo, esas riquezas serán tuyas. Yo te revelaré los arcanos de la ciencia, las bellezas del arte; y en la profundidad de los cielos, en la magnificencia de los astros, comprenderás la grandeza de Dios, inesplicable, eterna.»

Y á la mujer le dice: «yo seré tu amiga; te salvaré de las seducciones de los hombres; endulzaré tus penas con esperanzas celestiales; y si estás destinada en el mundo á llenar el sacerdocio de la maternidad, te salvaré de un hijo réprobo, porque los hijos son un reflejo de sus madres. Neron era hijo de una prostituta; San Agustin de una santa».

Lamentable es el afan que hay en nuestros dias de divorciar la instruccion de la religion. Los unos dicen que en la ignorancia reside la virtud; los otros dicen que en la religion reside la ignorancia. Ni unos ni otros obran de buena fe, ó están ciegos. Sin la instruccion unida á las creencias religiosas, ni Colon hubiera adivinado un mundo, ni Isabel la Católica hubiera elevado la nacion española á la altura que entonces ocupó, ni estos dos genios se hubieran comprendido. Esas dos cualidades unidas al genio hacen los héroes, y en mas pequeña escala los hombres honrados; pero de cualquiera de ellas, aislada de la otra, solo resultan fanáticos, ó soberbios que reniegan hasta de su Criador.

Por eso la educacion que se dé á la clase mas miserable y desgraciada del pueblo, debe ser moral al mismo tiempo que científica,



y mas constante y mas temprana que á los niños de las clases acomodadas, porque carecen en sus casas del buen ejemplo y de la instruccion que muchos de estos reciben en las suyas y que tanto influye en el resto de su vida.

Si la elocuencia, que se malgasta en trastornar á las masas ignorantes, se empleara en guiarlas á las nobles acciones; si con ese don que tiene de dar forma y movimiento á las ideas, se les pintara todo el mal que resulta de la vida degradada que llevan; cómo sus infelices hijos piden pan mientras ellos derrochan su jornal en vicios, y cómo al salir á media noche de una taberna, alguno de ellos, mal aconsejado por compañeros mas pervertidos aún, quita la vida á un hombre por una mezquina venganza ó roba á un transeunte, que acaso habia ido aquel mismo dia á socorrer á su familia mientras él la abandonaba, ¡oh! ¡qué util y qué patriótica sería esta predicacion, y cómo no sucederia entonces que la gente pacífica se aterrara con la abolicion de la pena de muerte! Porque esos infelices, sabiendo respetarse á sí mismos, sabrian respetar á los demás.

Mientras el pueblo no se eduque, ¿qué importa que enseñemos decorosamente á nuestras hijas, que ninguna persona amiga se propase á decir una palabra inconveniente en su presencia, si salen á la calle y oyen obscenidades y blasfemias que indignan y horrorizan?

Las personas quieren ó aborrecen en razon del bien ó mal que hacen, no del que reciben. Mientras el pueblo pobre odie á los ricos, es que hace ó desea hacerles daño. Cuando se eleve por su instruccion y sus virtudes, cuando comprenda que no existe esa desigualdad que le irritaba, que no hay puesto que le esté vedado conquistándole debidamente, entonces amará á sus superiores, porque no verá en ellos enemigos, sino personas sujetas á los vaivenes de la fortuna y que pueden mañana ser inferiores suyos á su vez, porque la armonía de la naturaleza proviene de su misma desigualdad, así física como políticamente, y la ley de los hombres, por mas que estos lo pretendan, no puede subsistir sobre la ley de Dios.

*Emilia Mijares.*

## EL TESORO.

*Por E. Souvestre. (Traducido por D. P. T. y M.)*

En una pequeña boardilla, cuyo mueblage mas que modesto pero cuidado con esmero revelaba los esfuerzos de la indigencia que no se abandona, estaban sentados un anciano y una joven. El orden, el buen gusto, la limpieza daban á aquel pobre interior una espe-

cie de elegancia. Cada objeto estaba colocado en su sitio, el suelo cuidadosamente lavado, y la ventana cubierta con cortinillas de muselina ordinaria, sobre la que numerosos zurcidos formaban una especie de bordado. Algunos tiestos con flores comunes adornaban el antepecho de aquella ventana y perfumaban la boardilla con sus suaves olores.

El sol iba á ocultarse: una claridad purpurina iluminaba la humilde morada, colorando el rostro encantador de la joven y reflejándose en los blancos cabellos del anciano.

Este estaba medio tendido en un sillón de junco, que una industriosa solicitud habia tapizado con cogines rellenos de estopa y cubiertos de indiana desteñida. Un viejo braserillo trasformado en taburete sostenia sus pies mutilados; y el solo brazo que le quedaba estaba apoyado en un pequeño velador, donde se veia una pipa de espuma de mar y una bolsita de tabaco bordada con cuentas de colores.

El viejo soldado tenia uno de esos semblantes atrevidos y surcados en los que la rudeza está templada por la espresion de franqueza. Un bigote gris velaba la sonrisa que entreabria sus labios, en tanto que su mirada reposaba con delicia sobre el rostro de la joven.

Esta podia tener veinte años; era una morena de facciones dulces y animadas, en las que se reflejaban los sentimientos del alma con viva y rápida espresion. Su rostro semejaba á las tranquilas aguas que dejan ver hasta el fondo todo lo que encierran.

Tenia en la mano un periódico que leia al anciano inválido: de repente se interrumpió mirando hácia la puerta.

—¿Qué hay? preguntó el anciano.

—¡Nada! contestó la joven, en cuyo rostro se pintó el desaliento.

—¿Has creido oir á Cárlos? dijo el soldado.

—Es verdad, respondió la lectora ruborizándose; ya debe haber salido del trabajo y es la hora en que suele volver.....

—Cuando vuelve, acabó Vicente con tono apesadumbrado.

Susana entreabrió los labios para defender á su primo, pero su buen juicio protestó sin duda contra esta intencion, porque se detuvo visiblemente cortada y permaneció en un melancólico silencio.

El inválido llevó la mano que le quedaba á su bigote y se puso á retorcerlo con impaciencia; este era su ademán habitual en los accesos de mal humor.

—Nuestro recluta sigue un mal camino, dijo al fin; viene siempre con mal gesto, desatiende su trabajo para acudir á francachelas y garitos; todo esto acabará mal para él y para nosotros.

—No digais eso, tío mio; me haceis temer por él, replicó la joven. Es una mala temporada que pasará; lo espero. ¡Hace algún tiempo que asaltan á mi primo unas ideas!..... No tiene ya valor para trabajar.....

—¿Y por qué es eso?

—Porque no tiene nada que esperar, segun dice. Cree que todos los esfuerzos del obrero son inútiles para su porvenir, y asegura que lo mejor es vivir *al dia*, sin prevision y sin esperanza.

—¡Ah! ¿Ese es su sistema? replicó el anciano, cuya frente se arrugó; pues ni siquiera tiene el honor de haberlo inventado. Tambien teníamos en el regimiento *razonadores*, que se creian exentos de partir, so pretesto de que el camino era demasiado largo, y que se arrastraban por los cuarteles mientras que sus compañías entraban en Madrid, Viena y Berlin. Tu primo no sabe que á fuerza de echar un pie delante del otro pueden llegar á Roma las piernas mas pequeñas.

—¡Ah! ¡Si le hiciérais comprender eso! dijo Susana con vehemencia. Yo he intentado convertirlo, ajustando lo que un buen encuadernador como él podia economizar; pero cuando llegaba á la suma se encogia de hombros, diciendo que las mujeres no entienden de cálculo.

—Y entonces tú te desesperabas, pobre niña, continuó Vicente enternecido; ahora comprendo por qué tienes los ojos enrojecidos con tanta frecuencia.

—Tío, os aseguro.....

—Esto hace que te olvides de regar tus tiestos y que no cantes ya como antes.

—¡Tío!.....

Susana, confusa, tenia los ojos bajos y arrollaba un pico del periódico. El inválido la acarició con la mano.

—Vamos, no vayas á creer que te riño, dijo con tono amistosamente brusco. ¿No es muy natural que te intereses por Cárlos, que es tu primo, y que algun dia espero que será?.....

La joven hizo un movimiento.

—¡Vamos! No, no hablemos de esto, dijo el inválido interrumpiéndose; ¡siempre olvido que con las jóvenes hay que ignorar lo que se sabe! Hablemos solo de ese pícaro á quien profesas amistad..... (¿Es esa la palabra?)..... y que la siente por ti.

—Es decir, la sentia antes, dijo Susana; pero desde hace algun tiempo..... ¡si supiérais qué frio está y qué aire de aburrimiento tiene!

—Sí, replicó Vicente pensativo; cuando se han probado las diversiones ruidosas, los placeres del hogar parecen frios: conozco eso, hija mia; muchos de entre nosotros han pasado por ello!

— ¡Pero se han enmendado! observó Susana; así, Cárlos puede enmendarse igualmente. Tal vez bastará con que vos le habléis, tío.....

El anciano hizo un ademán de incredulidad.

—Estas enfermedades no se curan con palabras, dijo, sino con actos; un buen soldado y un hombre razonable no se improvisan: se necesita experiencia para las dos cosas. Tu primo carece de voluntad, porque no ve un objeto apetecible: sería preciso enseñarle uno que le infundiese valor; pero esto no es cosa fácil. Pensaré en ello, sin embargo.

—Esta vez es él, seguramente, interrumpió la joven que había reconocido en la escalera el paso precipitado de su primo.

—Entonces, ¡silencio en las filas! dijo el inválido, que no parezca que nos ocupamos de él; continua la lectura.

Susana obedeció, pero el temblor de su voz hubiera fácilmente revelado su emoción á un observador atento. Mientras que sus ojos seguían los renglones impresos y su boca pronunciaba maquinalmente las palabras, su oído y su pensamiento estaban exclusivamente ocupados de su primo, que acababa de abrir la puerta y había dejado su gorra sobre la mesa colocada en medio de la boardilla.

Autorizado al silencio por la no interrupción de la lectura, el joven obrero no saludó á su tío ni á su prima y se acercó á la ventana, apoyando en ella los dos brazos cruzados.

Susana continuó sin comprender lo que decía.

Estaba en ese mosaico de noticias sueltas, y con frecuencia contradictorias, agrupadas bajo el título de *gacetilla*. Cárlos, que al principio estaba distraído, acabó por prestar atención como á pesar suyo. La joven, después de varias noticias de robos, de incendios y de accidentes, llegó al párrafo siguiente:

«Un pobre vendedor ambulante de Besanzon, llamado Pedro Lefevre, queriendo á toda costa hacer fortuna, concibió el pensamiento de embarcarse para la India, que había oído citar como el país del oro y los diamantes. Vendió, pues, lo poco que poseía, fue á Burdeos y se embarcó en calidad de pinche de cocina en un buque americano. Diez y ocho años trascurrieron sin que se oyese hablar de Pedro Lefevre; al fin sus parientes acaban de recibir una carta que anuncia su próxima vuelta; el ex-vendedor ambulante les hace saber, que después de trabajos inesplicables y reveses de fortuna inauditos, llega á Francia tuerto y manco, pero propietario de un caudal que se valúa en dos millones.»

Cárlos, que había escuchado la lectura con un interés creciente, no pudo contener una exclamación.

—¡Dos millones! repitió maravillado.

—Esto podrá servirle para comprar un ojo de cristal y un brazo mecánico, observó el viejo soldado irónicamente.

—¡He ahí una fortuna! dijo el obrero, que no había escuchado la reflexión de su tío.

—Y que no se la ha procurado á crédito, añadió el inválido.

—¡Diez y ocho años de *fatigas inesplicables!* dijo Susana repitiendo las palabras del periódico.

—¡Y qué importan, cuando la fortuna viene tras ellas! repitió Cárlos con vivacidad; lo que es difícil no es emprender un mal camino, ni soportar un temporal para alcanzar un buen albergue, sino andar mucho para no llegar á ninguna parte.

—Así, dijo la joven cuyas miradas se habían fijado tímidamente en su primo, envidias la suerte del vendedor ambulante; darías todos tus años de juventud, uno de tus ojos, una de tus manos.....

—¿Por dos millones? interrumpió Cárlos ¡seguramente! No tienes más que buscarme un comprador á ese precio y te prometo un bonito dote.

La joven volvió la cabeza sin responder; se le había oprimido el corazón y una lágrima acudió á sus párpados. Vicente calló también y volvió á retorcer su bigote con aire descontento.

Hubo un largo silencio: cada uno de los tres actores de esta escena proseguía por sí su pensamiento.

La campana de reloj que dió las ocho arrancó á Susana de su preocupación. Se levantó vivamente y empezó á poner la mesa para la cena.

Esta fue triste y corta. Cárlos, que había pasado el último tercio del día en un bodegón con sus amigos, no quiso comer nada, y Susana había perdido el apetito. Solo Vicente hizo los honores á la frugal cena, porque las fatigas de la guerra le habían acostumbrado á mantener los privilegios del estómago aun en medio de las más fuertes emociones; pero pronto se sació y volvió á ocupar su sillón al lado de la ventana.

Después de haberlo arreglado todo, Susana, que experimentaba la necesidad de estar sola, tomó una luz, abrazó al inválido y se retiró á la pequeña alcoba que ocupaba. Vicente y el joven obrero se quedaron solos. Este iba á dar las buenas noches á su tío, cuando el anciano le hizo seña de cerrar la puerta y acercarse.

—Tengo que hablarte, le dijo con gravedad.

Cárlos, que presentía algún sermón, permaneció de pie delante del anciano; pero este le invitó á sentarse.

—¿Has reflexionado bien lo que has dicho hace un momento? dijo mirando fijamente á su sobrino; ¿serías capaz de un largo esfuerzo para llegar á la fortuna?

—¿Podeis dudarle, tio? respondió Cárlos sorprendido de la pregunta.

—¿Con que consentirias en tener paciencia, en trabajar sin interrupcion, en cambiar de costumbres?

—Si eso pudiera serme útil para algo..... Pero ¿por qué esa pregunta?

—Vas á saberlo, contestó el anciano.

Y abriendo el cajon de una pequeña cómoda buscó algun tiempo entre varios periódicos que allí habia, tomó uno y mostró á Cárlos un párrafo marcado con la uña.

El joven leyó á media voz:

«Acaban de hacerse gestiones cerca del Gobierno español, con motivo de un depósito enterrado en la orilla del Duero despues de la batalla de Salamanca. Parece que al efectuar la famosa retirada, una compañía que pertenecia á la primera division y que estaba encargada de la guarda de muchos cajones, fue separada del grueso del ejército, y acometida por una columna tan superior en número, que toda tentativa de resistencia era imposible. El oficial que la mandaba, viendo que no habia esperanza de abrirse paso por en medio del enemigo, se aprovechó de la noche para hacer enterrar los cajones por los soldados en quienes tenia mas confianza; luego, seguro de que nadie podria descubrirlos, ordenó á sus pequeñas fuerzas que se dispersasen, á fin de que cada uno intentase escapar aisladamente á través de las líneas enemigas. Algunos lograron, en efecto reunirse á la division; pero el oficial y los hombres que conocian el sitio en que fueron enterrados los cajones, perecieron todos en la huida.

»Se asegura que aquellos cajones encerraban el dinero de todo el ejército, es decir, una suma de doce millones próximamente.»

Cárlos se detuvo mirando al inválido con ojos chispeantes.

—¿Habríais formado parte de esa compañía? exclamó.

—Pertenecia á ella, dijo Vicente.

—¿Conoceis la existencia de ese tesoro?

—Era uno de los encargados por el capitan de enterrarlo y el único de todos ellos que ha escapado á las balas del enemigo.

—Entonces podeis dar indicaciones, ayudar á encontrarlo..... dijo Cárlos con febril precipitacion.

—Tanto mas facilmente, cuanto que el capitan nos hizo notar como señal para encontrar el sitio, la alineacion de dos colinas y

una roca. Reconocería el lugar con tanta seguridad como el de la cama en esta alcoba.

Cárlos se levantó de un salto.

—Entonces vuestra fortuna está hecha, exclamó con exaltacion; ¿por qué no haber hablado? el Gobierno francés hubiera aceptado todas vuestras proposiciones.

—Tal vez, dijo Vicente; pero de todos modos hubieran sido inútiles.

—¿Cómo?

—España ha negado la autorizacion solicitada; míralo.

Y dió á Cárlos otro periódico, que anunciaba, en efecto, que la propuesta relativa á la investigacion del sitio en que se habian enterrado los cajones en 1812 habia sido rechazada por el Gobierno de Madrid.

—Pero ¿qué necesidad hay de permiso? objetó Cárlos. ¿Por qué se han de hacer oficialmente unas pesquisas que pueden hacerse sin luz y sin ruido? Una vez sobre el terreno y comprado este, ¿quién impedirá registrarlo? ¿Quién sospechará el descubrimiento?

—Muchas veces he pensado en ello desde hace treinta años, dijo el soldado; pero ¿dónde encontrar la suma necesaria para el viaje y la compra del terreno?

—¿No podemos dirijirnos á otros mas ricos que nosotros y ponerlos en el secreto?

—Pero, cómo hacérselo creer ó impedir un abuso de confianza en el caso en que lo crean? ¡Y si por casualidad no sale bien! ¡Si sucede, como en la fábula que leias á tu prima la otra noche, que al hacer las particiones, el leon se queda con toda la presa! Será preciso, además de la fatiga, las angustias del viaje y las pesquisas, arrostrar los disgustos de un proceso. ¿Para qué? El tiempo que me queda que vivir, ¿merece tantos sinsabores? ¡Vayan al diablo los millones que hay que ir á buscar tan lejos! Tengo doscientos francos de retiro; gracias á Susana, esto y la pension de mi cruz basta para proporcionar la racion cotidiana y el tabaco: todo lo demás me es indiferente.

—¿Con que dejareis escapar esta ocasion? replicó Cárlos con animacion febril; ¿rechazareis la fortuna?

—Para mí no la quiero, contestó el anciano; pero para ti ya es otra cosa. He visto hace un momento que eres ambicioso, que ningun sacrificio te parecerá difícil si te hace pasar á la clase de los millonarios. ¡Pues bien! Reune la suma necesaria para nuestro viaje, y parto contigo.

—¿Será posible! ¡Vos!

—Gana dos mil francos; á este precio te doy un tesoro: ¿te conviene?

—¡Me conviene! exclamó Cárlos con exaltacion.

Despues, conteniéndose, añadió desanimado:

—¿Pero cómo reunir tanto dinero? ¡No podré conseguirlo nunca!

—Trabaja con empeño y tráeme sin falta tu salario cada semana; te prometo que lo reunirás.

—Pensad, tio, que las economías de un obrero son poca cosa.

—No tan poco como crees, si se economiza con constancia.

—¿Cuántos años se necesitarán?

—Tú ofrecias hace poco diez y ocho, con un ojo y un brazo por añadidura.

—¡Ah! ¡Si yo estuviera seguro!.....

—¿De adquirir un tesoro? ¡Te lo juro por las cenizas de Napoleon!

Este era el gran juramento del soldado. Cárlos vió que la cosa era seria. Vicente le animó de nuevo repitiéndole que tenia su porvenir entre sus manos, y el joven se acostó resuelto á hacer toda clase de sacrificios.

Pero la confianza de su tio habia despertado en él unas esperanzas demasiado lisonjeras para que pudiese dormir. Pasó la noche en una especie de fiebre, calculando los medios de ganar mas pronto la suma que necesitaba, arreglando el empleo de su riqueza futura, y contemplando una tras otra, como realidades, aquellas con que se habia complacido hasta entonces en soñar.

Cuando Susana se levantó al dia siguiente, él se habia ido ya á su trabajo.

Vicente, que vió el asombro de la joven, movió la cabeza sonriendo, pero no dijo nada: habia recomendado el secreto al joven obrero y queria guardarlo él tambien. Era preciso observar además si Cárlos sería persistente en sus nuevas resoluciones.

Los primeros meses fueron los mas penosos. El joven encuadernador habia adquirido costumbres con las cuales se esforzaba en vano por romper; la continuidad del trabajo le era insoportable. Era preciso renunciar á esa movilidad caprichosa que hasta entonces habia, sola, regulado sus acciones, sobreponerse al cansancio y al disgusto, y resistir las instancias de sus antiguos compañeros de placer. Esta fue al principio una contrariedad difícil de imponerse. Muchas veces su valor desfalleció y estuvo á punto de caer en sus antiguos desórdenes, pero la importancia del fin que perseguia, le reanimaba.

(Se concluirá.)